

Aunque se llevan publicadas tantas semblanzas de ferroviarios, concentrados en Alcázar por la atracción industrial, nada mejor para coronar esta despedida a la vieja estación que reproducir la fotografía de uno de los mas antiguos maquinistas, citado muchas veces



en el curso de esta obra pero nunca retratado. Se trata de Vicente Carabaño Aragonés que aparece aquí con su mujer, Perfecta González Beldad, su nuera, Ramona Ramiro Alberca, también de honda tradición ferrocarrilera, por los cuatro costados, y sus nietas Aurelia y Juliana, viuda actual la primera de Vidal Quiralte.

Ni Vicente ni la Perfecta niegan su pinta ni sus apellidos pueden ser mas representativos de su origen villafranquero.

El traqueteo de la máquina completó a Vicente, pero él ya tenía y los entendidos se lo notarán aún estando sentado y majo, los andares juanjuanecantes del ambulante chelero, de pies relajados, que va detrás de los gorrinos, cachazudo, atento y precavido, con formalidad obligada que trasciende.

El padre de esas niñas, Julián, su único hijo varón y dicho se está que maquinista también, tenía una rubiez muy villafranquera, algo mas bien oscura, terrosa y en él embarruzada por el carbón, facciones mas abultadas que las de su padre, sobre todo la boca indicio además de un buen desarrollo corporal y equilibrio psíquico, pero en él falló éste por una excesiva sentimentalidad que le costó la vida, cosa que también pasó al fin con la Perfecta.

Mi roce con ellos fué diario desde niño. Los recuerdo con verdadero amor y cuando después he tenido que tratar a todos los Carabaños de Villafranca me ha complacido ir contrastando en silencio los rasgos de la estirpe, como me complace ahora dejar su efigie en estas páginas que también son vida palpitante de nuestro pueblo y símbolo él de lo mas representativo de la estación, pues el maquinista era la cabeza del tren y el eje sobre el que rodaba la Compañía a la que llevaba en triunfo por todos los campos con su penacho de humo expansivo y ondulante y su silbido de saludo amistoso y cordial que se oía a mil leguas y se distinguía como si tuviera alma porque ¡cuántas veces fué el pitar de la máquina y su modulación atronando el espacio, adiós posbrero del amante que trepidaba veloz sobre los crugientes carriles!